



"¡Están viniendo, Tatay, están viniendo, Dios! ¡Ito!". Tras su alarido, Bernardina Zurita entró como tromba al domicilio de Luis Humberto Beltrán en la calle Sucre de Oruro aquel 25 de junio de 1930. Hablando agitado en español salpicado de quechua, "Berna", la empleada doméstica de ese hogar, había corrido unas cuadras desde la cercana Plaza 10 de Febrero para avisarles que allá, ante una montonera de gente armada y furiosa, alguien había gritado conminatoriamente: "¡A donde Beltrán, a donde Beltrán!". Era una de las primeras secuelas del golpe militar conservador que acabó ese día con el gobierno nacionalista de don Hernando Siles, fundador del Partido de la Unión Nacional, compuesto principalmente por jóvenes de vocación popular-reformista como Beltrán. Este periodista era militante de dicha agrupación y, como tal, había desempeñado entre 1927 y 1928 los cargos de Intendente Municipal y Jefe de la Policía de Seguridad. No ejercía desde entonces función pública alguna en Oruro, pero eso no importaba ante el irrefrenable impetu agresor de los golpistas que desataron una violenta persecución represiva contra los "silitas", dando muerte a algunos de ellos y saqueando varias residencias.

¿Qué hacer? Era imposible defenderse de una turbamulta enardecida y el margen de tiempo para escapar era muy estrecho pues, en efecto, aquella no iría a tardar mucho en llegar hasta la modesta vivienda de los Beltrán..... Este informó por teléfono de la situación a un tío suyo que era como un padre para él, don Marcos Beltrán Avila, ilustre educador y escritor que vivía a pocas cuadras de ellos en la misma calle. "Lucho, no discutas, vénganse volando", surgió la Indicación Imperiosa del noble pariente. Así lo hicieron, con las manos vacías y el corazón en la garganta, llevando su esposa, Betsabe Salmón, en brazos al primogénito de ellos, Luis Ramiro, de cuatro meses de edad, y acompañados por su fiel y aterrada Bernardina que no dejaba de sollozar.

Pocos minutos después la horda llegó al domicilio vacío de Beltrán, cuya entrada no pudo violentar. Luego de unos minutos de golpes a la puerta, pedradas y vociferación, avisada o por deducción, siguió por la misma vía hasta la casa de don Marcos. Exigió allá a gritos desde afuera que éste saliera y entregara a su sobrino. La respuesta fue el silencio al principio pero luego, ante la destemplada insistencia de los golpistas, don Marcos salió de pronto solo e inerte y cerró rápidamente la puerta de calle detrás de sí. Ante su imponente presencia, valerosa y serena, el populacho resultó paralogizado. Cruzando los brazos sobre el pecho y mirando fijamente a los asaltantes, el patricio dijo con inequívoca determinación que a su casa nadie entraba y que él a nadie entregaría. Unos rechiflaron su intervención, pero, luego de unos segundos de tensa vacilación, otros resolvieron en silencio desistir de su intento y don Marcos se plantó impertérrito y firme ante su puerta hasta que el último revoltoso se hubo marchado. Así, por su valor y gracias al prestigio patriarcal de que gozaba en su pueblo, los esposos Beltrán quedaron providencialmente a salvo de la barbarie. Y desde entonces, más que antes, el tío Marcos sería la sombra protectora, el ángel tutelar de la familia de quien hoy escribe con indeleble gratitud estas líneas en memoria de él.

APRENDER Y ENSEÑAR

Tenía entonces don Marcos casi cincuenta años de haber nacido en Oruro, había escrito ya seis obras y era célebre como historiador y como maestro. Su padre había muerto cuando él tenía apenas cuatro meses de edad. Había cursado la primaria en una escuela privada y en otra de propiedad municipal. Desde muy pequeño sentía amor por la lectura. Había hecho parte de la secundaria en el Seminario Conciliar, en Sucre,

CRUZADO

gracias a una exención y a un subsidio obtenidos en su favor por un sacerdote amigo de su familia. Pero a la muerte de éste, había perdido tales beneficios y tenido que regresar a Oruro donde cursó un grado más de la secundaria en el Colegio Nacional Bolívar. Extrañamente, sin embargo, su familia lo sacó del plantel para enviarlo a trabajar en Pulacayo, Potosí, como administrador de un hotel. Tuvo luego que trabajar hasta como laborero de una mina por tres meses, oficio que le dio mal pago monetario y causó algún daño a su salud.

Algún tiempo después, la familia, también inexplicablemente, lo hizo retornar a Oruro sin que se le ofreciera allá ni empleo ni estudios. Él consiguió entonces en el servicio de correo un puesto de portero y, al ser advertidas en éste sus capacidades, fue pronto ascendido a cartero, ocupación que alternaba con frecuentes visitas a la Biblioteca del Concejo Municipal.

En esa institución se le contrató en 1901, a la edad de 20 años, como profesor de curso de la Escuela Central Bolívar. Poco tiempo más tarde, al ganar en un examen de oposición, fue nombrado profesor titular de ciencias naturales en aquel mismo establecimiento educativo. En el ejercicio de esos dos cargos despuntó una de sus vocaciones mayores: la docencia.

PRIMERAS OBRAS

Fue en tal atmósfera de trabajo que produjo el primero de sus escritos allá por 1903, no mucho después de haber alcanzado la mayoría de edad. Se trataba de una cartilla para escolinos sobre principios elementales de higiene que sólo llegaría a ser publicada en 1907. Pero un par de años antes participó de un intento fugaz de publicar una revista, "Pinceladas", y creó un también efímero "Centro de Propaganda Intelectual". En 1906 dio a luz - financiada por suscripción popular - su primera obra: una novela histórica sobre la que hasta entonces se tenía por la gesta emancipatoria orureña, la rebelión del 10 de febrero de 1781. Quedó así marcada su otra gran vocación: las letras.

LA SEÑAL INICIAL DE REBELDÍA

Marcos había ya dado como colegial en Sucre algunas muestras de espíritu independiente y opuesto a la injusticia, habiéndose "... sublevado más de una vez por el antipadronamiento de la personalidad que seguiese como principio ..." en el seminario católico. (Varas Reyes, 1969, p. 18). Pero fue ya como maestro, en 1907 en Oruro, que confirmó esas características de su personalidad y exhibió, más que todo, su apego a la verdad a cualquier precio. En ese año se instruyó a los maestros ofrecer conferencias públicas sobre temas de educación. Marcos hizo de la suya una bien fundamentada y severa crítica a la organización poco eficaz y muy politizada de la educación en manos municipales. La reacción de las autoridades a ello fue destituirlo. Enterada la prensa de esto, censuró la medida y provocó un proceso en torno a ella. Incapaz de transigir con lo incorrecto, aun si ello ponía en riesgo su propia fuente de subsistencia, Beltrán Avila reiteró en aquel proceso, metódica y valerosamente, su crítica. La Municipalidad de Oruro pidió entonces al Ministerio de Instrucción que se le privara de cualquier oportunidad de empleo en la docencia a cargo del sector público.

Del sector privado sin ánimo de lucro le vino entonces un ofrecimiento que lo compensaría espiritualmente: la organización desde la base de la primera Escuela Nocturna de Artesanos de Oruro.

AL MATRIMONIO SIN PATRIMONIO

En aquel mismo año de 1907 se casó con una colega que era directora de una escuela, Francisca Vásquez, a quien él llamaría siempre "Fany". Irían a tener tres hijas: María Angela, Bertha y Graciela. Siguiendo las costumbres de la Época, ella dejó su empleo para dedicarse a criarlas, en tanto que él asumía la responsabilidad de sustentar a la familia. Pero no sólo que su empleo resultó precario y él no había podido hacer ahorros, sino que habiendo resultado muy difícil atender una obligación bancaria, surgió para Fany un problema judicial que dio por tierra con su economía. "Un día tuvieron que abandonar - anota Varas Reyes, 1969, p. 25 - para vivir el vagabundeo heroico, tras de casas y departamentos en alquiler, debiendo el damnificado trabajar con empeño para llevar el sostén diario al hogar en bancarrota".